

Testimonio de Aurora Morea de Pedrini

Entrevista realizada en la Biblioteca Nacional

3 de septiembre de 2012

Programa de Derechos Humanos y Departamento de
Comunicación, Biblioteca Nacional Mariano Moreno.



Biblioteca Nacional
Mariano Moreno

Aurora Pedrini: Yo soy Aurora Morea de Pedrini y soy mamá de Susana Elena Pedrini de Bronzel. Mi hija Susana desapareció en 1976. Fueron hasta su casa unos siete u ocho coches Falcon, aunque anteriormente habían ido a buscar a la mamá de mi yerno, que vivía por San Telmo, y le dijeron que los lleve a la casa de su hijo. Mi consuegra hizo todo el viaje con ellos y cuando llegaron a la casa de Susana y José la hacen bajar y le dicen que diga que es ella. Entonces, la señora toca timbre —sería la una y media de la mañana— y atiende mi hija; tiene que haber sido tan asombroso para ella ver a mi consuegra, que haya aparecido en su casa en Belgrano, porque no iba sola ni a la esquina. Como yo no pude ver a mi hija después hay cosas que no sé cómo fueron o cómo las hicieron. Me contaron los vecinos que estuvieron, que abrieron los ascensores para que nadie suba ni baje y que a la gente que entraba, que vivía en el edificio, la hacían poner contra la pared para que no mirara nada. Después algunas personas me contaron que vieron que sacaban a mi yerno y a mi hija encapuchados y con las manos atadas atrás.

Entrevistador: ¿El nombre de tu yerno?

Aurora Pedrini: José Daniel Bronzel.

¿Y el de tu consuegra?

Cecilia Podolsky de Bronzel. La gente que vio cómo los sacaron, me contó que mi consuegra estaba en uno de los autos, por eso supe cómo se los llevaron. A las tres o cuatro de la mañana de ese mismo día, me llamó por teléfono un médico amigo de la familia Bronzel para preguntarme si sabía si mi hija y mi yerno habían ido al cine o al teatro con mi consuegra. Después de ese llamado, a esa hora, me quedé mal, pensando que algo estaba pasando. Al rato de esto, me llamó el hermano de mi yerno y me dijo que me quedará tranquila, que me habían consultado para saber si su mamá había salido con Susana y José. Y entonces, al repetirle que no sabía nada le pedí que viniese para mi casa inmediatamente, que quería saber qué estaba pasando. Entonces vino el hermano de mi yerno con un tío de él a mi casa y me contaron que a la portera del edificio de mi consuegra le habían tocado el timbre y le habían dicho que les diga qué departamento era el de la familia Bronzel, y que la señora los acompañó hasta la puerta del departamento. Mi consuegra vivía sola, ya había fallecido su marido. Le tocaron el timbre y ella no quería abrir, pero como oyó la voz de la portera diciéndole que le querían hacer unas preguntas decidió abrir. Le preguntaron dónde vivía su hijo José y ella les dijo que vivía lejos, en Saavedra y que no sabía la dirección. Deduzco que la hicieron salir y se la llevaron con ellos para que no avisara. Me dijo que en ese momento había siete u ocho autos Falcon en la puerta. A la puerta de la casa de mis hijos llegaron tres Falcon, y ahí le dijeron a mi consuegra que se baje y que toque timbre.

¿Qué es lo primero que hiciste para denunciar o para saber algo de ellos?

Fui a la casa de mi hermano Francisco, que era socio del club hípico y tenía muchos amigos y conocía milicos y le conté que me habían dicho que se los habían llevado y si él podía hacer algo. Mi hermano me dijo que lo único que podíamos hacer era ir a la cana. Fuimos a un lugar que no sé cómo se llamaba en la calle Dorrego, había muchos milicos ahí. Mi hermano y el hermano de mi yerno fueron a preguntar si se sabía algo. Y ahí, como lo conocían, le dijeron a mi hermano que se fuera tranquilo a su casa y que no preguntara nada. Lo sacaron medio de prepo. Yo no sabía nada de lo que estaba pasando ni de la gente que desaparecía. Al día siguiente de que se los llevarán se me ocurrió ir al diario *Buenos Aires Herald* y pude hablar con el director. Le conté lo que había pasado, que se habían llevado a mi hija, a mi yerno y a mi consuegra, y que nadie me quería decir nada. El director del diario me dijo que estaban pasando esas cosas y que a él lo estaban persiguiendo y que tenía que tener mucho cuidado. Él

publicó algo en el diario. Yo no entendía nada de lo que decía porque estaba en inglés, pero me dijo que no podía hacer otra cosa, que si lo ponía en castellano se lo iban a llevar a él. Me aconsejó que fuese a ver a Emilio Mignone (fundador del Centro de Estudios Legales y Sociales). Al día siguiente lo fui a ver, le conté lo que pasaba y que no sabía nada ni sabía a quién preguntar ni dónde averiguar. Me dijo que me iba a ayudar, me hizo hacer el *hábeas corpus* y me mandó a varios lugares para que averiguara. Fui hasta ese cuartel que está en Cabildo y Dorrego y pedí hablar con el capo de ahí, no me acuerdo el nombre. La verdad es que nunca tuve miedo de nada, entraba a donde sea, siempre fui segura y tranquila de lo que hacía, porque quería saber qué estaba pasando con mi hija, mi yerno y mi consuegra. Mignone empezó a contarme también que se habían llevado a su hija delante de él y que no había aparecido. No apareció nunca su hija, y creo que tampoco su yerno.

¿Cuándo fue la primera vez que tuviste información sobre dónde llevaron o donde podría estar tu hija?

Yo seguí yendo siempre a la casa de Mignone. Iba todos los días. Y un día su señora me contó que en la Plaza se reunían unas diez madres y me acompañó hasta allá. En la Plaza me dijeron que no me tenía que acercar a hablar con las otras madres y que tenía que caminar porque estaba lleno de canas. Yo caminaba haciéndome la tonta, miraba para un lado, miraba hacia otro, pero no hablaba con ninguna. Entonces se me acercó un cana y me dijo que me tenía que sentar porque no estaba permitido estar parado y yo le respondí que cuando se hayan sentado todas las personas que estaban en la Plaza iba a ver si me sentaba. Entonces el policía me agarró del brazo para llevarme al coche, yo estaba tranquila, quería saber adónde me llevaba, porque quizás ahí veía a mi hija o a mi yerno. Con esa idea, jamás tuve miedo. Cuando estábamos yendo hacia el auto, da la casualidad que Marta Vásquez entra en la Plaza y cuando vio que me estaban llevando decidió acompañarme, se subió al coche de la cana y nos llevaron a la policía... Nos llevaron y me tomaron las huellas digitales, todo espanto, para otra cosa no era, y yo les decía "pero escúchenme, ¿ustedes no me pueden decir algo?". Y ellos se mataban de risa entre ellos. Los tipos que estaban ahí sentados, ni te contestaban, no decían nada. Nos tomaron las huellas digitales y nos dejaron sentadas en un patio. Un día a la una de la mañana, ya habían pasado varios días, vino el marido de Marta Vásquez y dijo "vengo a llevarme a mi señora pero no sale mi señora si no sale la señora Morea", y así salimos.

Seguí yendo siempre a lo de Mignone. Él me iba diciendo todo lo que tenía que hacer, escribí cartas a un lado y a otro, mandé cartas hasta al extranjero diciendo cómo habían desaparecido los míos y que no tenía idea de nada. Así fueron pasando los años. Empecé a ir a Madres; como trabajaba no iba muy seguido, pero a la Plaza iba siempre. Llegó un momento en el que dejé mi trabajo, mis cosas, pero seguí yendo siempre a la Plaza y hablando con unos y con otros. Marta Vásquez se reunía mucho con otras Madres en una iglesia o en lugares así, pero yo no iba para nada. Yo lo único que quería saber era qué había pasado con mi hija y con los míos y saber si podía seguir luchando y haciendo cosas. Después escribí una carta que mandé al extranjero por sugerencia de Mignone, él me dijo que escriba pidiendo por mi hija porque mucha gente se había ido del país y podía ser que a mi hija la hayan mandado fuera del país. Todo esto lo hice sola porque no tenía con quién. Tengo otra hija, pero no quería ni que aparezca, además ella estaba cansada. Entonces seguí así luchando.

¿Cómo llegas a enterarte que pasó por Superintendencia?

Yo siempre andaba averiguando a quién podía ir a ver y qué es lo que pasaba porque quería saber... ya habían pasado dos años y yo no sabía nada de los míos, y entonces me enteré del trabajo que estaban haciendo los antropólogos. Con mi hija Noemí fuimos a verlos y les pregunté si sabían algo de mi hija, entonces me sacaron sangre. Se dio la casualidad de que los antropólogos forenses empezaron

por Fátima (Pilar) porque se habían enterado de que ahí habían enterrado a mucha gente. Pasaron dos años y llamaron Noemí para avisarle que habían encontrado los restos de Susana: sus restos fueron los primero que encontraron. A mi hija Noemí le costó mucho trabajo decirme todo esto. Fuimos a ver a los antropólogos y les pregunté cómo la habían encontrado y ellos me explicaron todo, que estaba en un cajoncito... Entonces les dije que quería ver los restos de mi hija porque su cabello era rojizo, natural de ella, pero me dijeron que como habían pasado tantos años ya ni el cabello ni nada iba a ver.

Mi hija Noemí me dijo que iba a ir ella a ver los restos. Yo no quise, o íbamos las dos o iba yo sola. Entonces quedé con los antropólogos que nos iban a mandar el cajoncito con los restos de Susana a la casa de Noemí. La velamos esa noche y al día siguiente cité a las Madres y a todos los que quisieran venir. Y fuimos a Chacarita. Noemí se había adelantado en pedir un lote para tres cajoncitos porque pensamos que iban a aparecer los restos de José y de la madre.

Enterramos a Susana en el Británico. Ese día vino muchísima gente, conocida y no conocida. Yo les dije a los antropólogos a ver si encontraban a José y a su mamá porque seguro debían estar ahí, en el mismo lugar que Susana, y ahí me vengo a enterar por los antropólogos que ellos habían estado en Coordinación Federal. Cuando habían pasado unos siete meses más o menos encontraron los restos de José e hicimos lo mismo que con mi hija, y lo enterramos en el Cementerio Británico de Chacarita. Y siempre tuvimos la idea de que íbamos a encontrar a la mamá de mi yerno también.

Me olvidé de algo importante: me vino a ver una chica que había estado con mi hija adentro esos seis o siete días. A ella la largaron después, no sabe ni por qué la llevaron ni por qué la largaron. Me contó que estaban juntas en una celda, que mi hija le decía que "cuando ellos vean que nosotros no tenemos nada que ver, nos van a largar" y que mi hija le pidió a uno de los tipos que las vigilaban poder ver a la suegra, que estaba en otro lado. Me contaba esta chica que mi consuegra lloraba día y noche porque no entendía nada de nada. Me imagino que mi hija y mi yerno tampoco entendían. El día que los estaban buscando se habían quedado en la casa porque habían empezado a levantar un edificio; los dos eran arquitectos, se habían recibido juntos. Esta chica me contó también que Susana le dijo que estaba embarazada y que con la picana había perdido el embarazo. Cuando escucho eso se bajó la venda y la vio a mi hija que estaba llena de moretones. Se ve que le habrían dado una paliza porque a lo mejor no dijo que estaba embarazada. Eso es lo que supongo yo. Y ahí fue cuando los llevaron a Fátima. Esta chica siempre me llamaba para ver si me había enterado de algo sobre Susana. Esto fue antes de encontrar el cuerpo.

Cuando se realizó el juicio por la Masacre de Fátima, ¿vos fuiste a dar tu testimonio?

Sí, y dije: "¿Por qué razón? Empecemos por mi consuegra, una mujer que tenía 50 años en ese entonces y que no sabía nada de nada, ¿por qué razón?, ¿porque era judía?". Y los tipos se me quedaban mirando a los ojos. "¿Porque eran judíos? ¿Porque mi hija se había casado con un judío? ¿Por qué razón?". Nadie me contestó nada en el juicio, pero yo al hijo de perra del juez lo miraba a la cara y no le sacaba los ojos de encima, porque me tocó un juez que era una basura. También vino la chica de España y dio su testimonio.

¿Estás conforme con las sentencias que se dieron en el juicio?

No, porque a dos metieron presos, pero al peor lo dejaron en libertad. Me acuerdo que cuando estábamos ahí en Comodoro Py y lo dejaron libre, el tipo hizo así (levanta los brazos agarrándose las manos como festejando) mirándonos a nosotros. Entonces yo le dije a la gente que estaba conmigo "denle la espalda y salgamos de acá".